

GACETA MÉDICO-VETERINARIA

REVISTA SEMANAL

AÑO XIII.

Lunes 7 de Abril de 1890.

NÚM. 571.

En la dedicatoria del libro: *Ensayo de Fisiología filosófica y general*, escrito por el catedrático de la Escuela de Veterinaria de Madrid D. Jesús Alcolea y Fernández, se leen las siguientes palabras dirigidas á el también catedrático D. Santiago de la Villa y Martín:

... Á V. DEBÍ, DESPUÉS, EL OBTENER LA CÁTEDRA DE FISIOLÓGIA EN LA ESCUELA DE SANTIAGO; Á V., Y SÓLO Á V., DEBO LA QUE HOY OCUPO....



R. I. P.

LA SEÑORA

Doña Josefa Morcillo de Iborra

Esposa de nuestro compañero D. Juan Iborra Sunsi, primer Profesor Veterinario militar, é hija de nuestro querido amigo D. Juan Morcillo y Olalla,

FALLECIÓ

en la ciudad de Valencia el 20 de Marzo del corriente,
á la edad de treinta años.

La Redacción de este periódico envía el más sentido pésame á el esposo amante y al atribulado padre, por la pérdida tan irreparable que han experimentado al ver desaparecer de esta vida un ser que se hallaba gozando de las caricias que por sus virtudes y carácter angelical le prodigaban su esposo, padres y tiernos hijos.

SUMARIO.

Sección editorial: Pasado que no se pasa.—Sección científica: Clínica médica.—Inspección de carnes del matadero de San Sebastian (Guipúzcoa).—Anuncios.

SECCIÓN EDITORIAL.

MADRID 7 DE ABRIL DE 1890.

PASADO QUE NO SE PASA

Si en la marcha evolutiva de los tiempos, todo reorganismo viejo se reorganiza y se mejora, todo procedimiento conocido se perfecciona y toda obra se modifica para aumentar su perfectibilidad en la época innovadora que atravesamos; cuando tras un invento que admira la ciencia surge otro, al instante, atrevido ó colosal que empequeñece al anterior, porque revela más precisión y adelanto, y sigue la paleta del progreso sin dejar quietas ni descansadas ninguna de las antiguas bases sobre que se asientan las múltiples manifestaciones de la actividad humana, en el orden intelectual resultan á veces que, lo que adelantos parecen, aberraciones son en ocasiones, engañosas apariencias otras, como el ganso de la fábula revestido con las plumas del pavo real, ó copias más ó menos artificiosamente condimentadas, que pueden, revestidas de sus oropeles, engañar y seducir á los incantados, pero nunca sorprender á los que, arma al brazo y en la brecha, deben vigilar; con el alerta de la crítica, todo lo que en el orden intelectual se produzca, según la ciencia á que pertenezca, para aplaudir lo de mérito verdadero y para fustigar sin piedad aquello que pretenda pasar, digámoslo así, como *matute intelectual* en el mercado de las producciones intelectuales.

Así sucede que, si en todo lo que

afecta á la enseñanza de la Veterinaria hay ese caos, ese desarreglo, esa apatía é indiferencia, que hacen que lo que debía ser una facultad sea *un verdadero oficio puesto al alcance de todos*, mal que pese á muchas eminencias, en lo concerniente á las publicaciones modernas, no corresponden, ni con mucho, al estado actual de los adelantos científicos, y que las *altas* que podemos dar de publicaciones para entrar en el orden de libros didácticos, dedicados á la enseñanza, bien examinados, cuando no resultan *cataplasmas* intelectuales, son copias, más ó menos esbozadas, ó recuerdos científicos ya publicados y descritos con ínfulas de resolver los problemas que existen en la enseñanza elemental de las Escuelas del reino.

Recordemos al efecto algo de los autores más antiguos y más modernos, y así, puesto al descubierto como *superficies cruentas*, de seguro que no servirán las publicaciones modernas de bálsamo cicatricial que las curé y las complete á su estado fisiológico, figuradamente hablando.

Ya sabemos que después de fundar Mr. Bourgelat, en Lyon, la primera Escuela en 1762, los Gobiernos europeos, comprendiendo la importancia y aplicación de esta clase de estudios, comenzaron á pensar en el planteamiento de su organización.

No era posible, en aquel entonces, pedir á los *mariscales* los conocimientos que hoy; pero tenemos 53 artículos de Anatomía publicados por Garcia-Conde en Barcelona en 1734, hasta con grabados, según los progresos del arte de imprimir en aquellos tiempos, que ya quisieran hoy aprender muchos alumnos de primer año, haciendo constar que Garcia-Conde hace gala de su erudición en la obra; critica las opiniones ajenas cuando son diferentes de las suyas; presenta en sus obras indicios de clasificaciones mor-

bosas; trata con gran extensión los capítulos, cosa rara en aquellos tiempos, demostrando un conocimiento sobresaliente de lo que atañe al estudio de la Veterinaria; Baltasar Francisco Ramírez describió la anatomía de los huesos de la cabeza; el insigne Cavero, que reunió cualidades de polemista y escritor notable, y que era *bachiller en Medicina*, publicó un Tratado de Anatomía de las tres cavidades principales; Francisco Rus otro Compendio de Anatomía, y Malats, primer director de la Escuela de Madrid, otro Tratado de Anatomía, sin contar otros varios autores que sería prolijo enumerar.

En Fisiología hubo un Francisco de la Reina que, en 1564, es decir, antes de la publicación de la obra de Guillermo Harwey, que fué en 1626, decía, hablando de la circulación, *que la morada de la sangre es el corazón, y las venas, y las arterias, y el hígado*, así que vislumbró la circulación, tal vez antes que el médico inglés, puesto que la obra de Servet, publicada en 1531, fué quemada por herética; también explicaba la digestión y la absorción; tuvimos un Fernando de Saude que, según sus tiempos, trató con extensión la Fisiología; Pedro Lapuerta, que discutió hasta el descubrimiento de la circulación, y disertó sobre otras funciones de la vida; en Patología podemos citar á Alvarez Borges, á Domingo Royo, que trató y expuso varias teorías sobre la etiología de las enfermedades, con una exposición sintomatológica muy razonada; analizó con gran claridad las diferencias de las fiebres; habló del diagnóstico y del pronóstico; á Cavero (ya nombrado), que escribió sobre la curación de la *lupia tumerosa*, y que expuso en su libro *Curación racional de irracionales*, mucha doctrina práctica y científica sobre la calentura céptica y pútrida, sobre la perlesía, tisis, cólera morbo, diarrea, hidropesías, sobre

enfermedades externas, sobre úlceras y heridas, sobre dislocaciones y fracturas, tratando de los medicamentos y remedios entonces conocidos con gran discernimiento y perspicacia; Robredo y Villaroya tiene un buen Tratado sobre los cálculos uretrales (mejor dicho sería cálculos úricos ó de la vejiga) y su curación; Malats tiene una Patología que puede leerse, y Risueño, en 1834, publicó una Patología veterinaria que ha servido de texto, con otras, en las escuelas por muchos años; también Llorente publicó una Patología en 1854.

En lo concerniente á Farmacología y materia médica, podemos citar el libro segundo de Fernando Calvo, que contiene más de seiscientos cincuenta recetas, algunas de ellas muy aceptables, y su libro tercero, que es un verdadero tratado de farmacología general; Alvarez Borges, que fué el primero que presentó una receta formal del unguento fuerte; Nicolás Ambrós agrupó en veinticuatro capítulos los medicamentos; Saude, que conocía mucho las ciencias naturales, y que poseía una ilustración vastísima, comparado con los conocimientos de sus tiempos, teniendo un mérito relevante sobre los de su clase, publicó un tratado de materia médica muy racional y bien escrito, y un tratado sobre las aguas minero-medicinales, probando sus excelencias y sus aplicaciones en la práctica de la veterinaria; Malats escribió dos tomos de terapéutica, y otro tratado de lo mismo Estarrona; Fernando Sampedro tiene elementos de Historia natural aplicados á la Veterinaria, y el Novísimo Cavero, obra de gran utilidad; Echegaray, un tratado de agricultura aplicado á la veterinaria, que por cierto, á pesar de estar muy bien escrito y ser un verdadero trabajo, claro y metódico, tuvo mala suerte en el mercado, hasta el punto de tener muy poca salida; Blazques Navarro tiene una mo-

nografía sobre los cólicos flatulentos; en el arte de herrar citaremos á Juan Vínuesa, Francisco de la Reina y Bartolomé Guerrero; en moral veterinaria tienen gran autoridad las obras de Martín Arredondo, y dejamos para el último, porque lo creemos digno de especial mención, á D. Nicolás Casas de Mendoza, hombre de muchísimos conocimientos y de espíritu apocado para luchar con las preocupaciones de su época; hombre que publicó obras, del exterior del caballo, de anatomía patológica, de fisiología, de farmacología, de economía rural, de higiene, de epizootias, de homeopatía veterinaria y del arte de herrar, traduciendo, además, la cirugía veterinaria de Broguier, el diccionario de Delwart y la fisiología de Muller, demostrando su actividad incansable y su talento, por lo que es acreedor perpétuo á la gratitud de la clase por todos conceptos.

Detened un poco la vista, caros lectores, por los apuntes ligeramente esbozados, y considerando que es poca cosa la vida del hombre para penetrar todos los arcanos que la ciencia encierra, convendréis conmigo en la suma de actividad intelectual que todos esos libros publicados representan, en tanta más razón, cuando tenían que irse formando paulatinamente, sobre bases inciertas ó poco seguras, con datos particulares recogidos en los campos de observación, sin medios exploratorios tan perfectos como hoy existen conocidos, y careciendo de Escuelas á propósito para el fomento y estudio de los conocimientos veterinarios; y era de esperar que bajo estas bases, al venir el renacimiento moderno de las letras y las ciencias, al publicarse las investigaciones celulares de Virchow, al ver los resultados prácticos de los estudios de la contractilidad muscular de Cl. Bernard, las investigaciones bacteriológicas de Pasteur, Koch y Ferrán, los adelantos de la química, y, en una

palabra, la revolución completa que la *parasitología* lleva al estudio de las afecciones morbosas, era de esperar que, repercutiendo tal movimiento entre los encargados de transmitir á la juventud escolar el producto del concepto moderno de las ciencias naturales, saliesen á luz libros calcados sobre los problemas de la enseñanza contemporánea; hacía falta una obra de bacteriología en sus aplicaciones prácticas á la Veterinaria, que son, por cierto, muchas é importantes; hacía falta un tratado de Anatomía patológica general, y otros de patologías especiales, pues se distancian mucho con los que se estudian en las Escuelas de Medicina, por más que los profesores veterinarios creen que con leer las obras de medicina bastan para explicar en la cátedra; hacía falta un tratado sobre los parásitos, como tal considerados en la Veterinaria, y hacía falta un tratado de Química orgánica con laboratorio práctico, para la coloración é investigación de los micro-organismo en los líquidos y los tejidos, como existen en Munich y en Berlín, instalados con toda la precisión y amplitud que la práctica de estas operaciones requiere.

Pero nada de estos afanes de adelantos encontramos, ni aun esbozos á la ligera que vislumbren propósitos en épocas cercanas, y sólo algún que otro libro estrictamente calcado sobre los de medicina, con tan iguales principios, con exposición tan análoga, con materia tan igualmente tratada, con opiniones tan semejantes, sin comentarios, sin aclaraciones previas (que lleva al alumno á saber que estudia una obra de Veterinaria), con lenguaje tan igual, que cualquiera, al hacerse de ello cargo, confesara, sin temor á equivocarse, que era representación exacta de la obra ya publicada muchos años ha por un distinguido patólogo de la Universidad de Granada.

Volviendo los ojos á otro (que será

objeto de crítica en otro artículo), tras un engolfamiento impropio de obras elementales y menos de ensayos, sobre el problema de la vida, no hay más que copias de obras alemanas, que más son del dominio de la física, higiene y química, que no propias de una exposición científica de las funciones del organismo viviente.

Los antiguos *albéitares* y *mariscales*, laboriosos y de fé llenos, construyeron los cimientos de los estudios de la Veterinaria, perfeccionándolos con nuevos datos y enriqueciéndolos con aquilatados estudios, no completados en aquellos tiempos de fanatismo y superstición, y á la edad moderna dejaron, como obligación sagrada, el deber de concluir el edificio hasta que por su cúspide ondeara el lema de progreso y ciencia, y estos que en las posiciones oficiales de las cátedras tal obligación debieron cumplir, durmiéronse al arrullo de la adulación servil que en su derredor se levantaba, creando una atmósfera insana que está envenenando el ambiente en que se mueve el estudio de la Veterinaria, no comprendiendo, en su indolencia criminal y en su apático desdén, que construyen con su descrédito la fosa donde va á morir la Veterinaria encomendada á sus manos: hora es, pues, que de su letargo salgan; hora es que el deber de todo hombre científico á la enseñanza consagrado, suene en sus oídos, como trompeta del angel que á juicio los llama, evocando los recuerdos de los que, muertos ya, fueron lumbreras de la ciencia, y cuyos espíritus, cual flotantes gasas, á su deber los llaman; hora es de completar la obra que iniciaron nuestros antepasados; hora es que el mercantilismo desaparezca y la misión científica se imponga, para hacer del estudio de la Veterinaria una verdadera facultad de la ciencia consagrada al estudio del animal enfermo, de los animales que son

necesarios á la vida del hombre, que son útiles por sus productos, que se necesitan para la agricultura, que los estiman para su recreo, que les hacen falta para su alimentación; pues tanta misión llena el animal, que por sus carnes y trabajos proporciona al hombre comodidades y ganancias pecuniarias, como el que en dorada jaula le hace olvidar sus penas, mientras oye los melodiosos trinos con que, saltando alegres, saludan las tintas nacaradas de la naciente alborada.

SECCIÓN CIENTÍFICA.

CLÍNICA MÉDICA

ANODIA

El Africa produce cada día algún monstruo.

Hace algún tiempo que, revolviendo papeles que habian pertenecido á mis ascendientes, la casualidad hizo que tropezase con unos apuntes de un individuo de mi casi extinguida familia, que, según el relato histórico que ha venido pasando de padres á hijos, en la época que floreció era uno de los más doctos, sabios y prácticos médicos que habia en España; y se puede suponer que lo fué, al ver los curiosos datos que sobre la facultad que profesaba nos dejó y yo he recogido, datos que contienen doctrinas médicas tan exactas, que el transcurso de los siglos no han borrado ni les ha hecho envejecer.

Entre dichos apuntes llamó muy especialmente mi atención y mi curiosidad, el caso práctico que está encabezado con el nombre de *anodia*, y no sólo excitó mi curiosidad el nombre, sino también la índole del relato, por los pormenores que

contenía, la detención y escrupulosidad con que estaban expuestos, que, sin género alguno de duda, revelaban en mi antepasado un juicio recto, imparcial y en alto grado observador.

La maldita casualidad hizo que en esos días se sostuviera una polémica, que siempre hay desocupados y necios, que por vanidad, más que por otra cosa, las suscitan, y que, atendiendo al asunto que se trataba, comprendí que la *anodia* se había reproducido en la época actual; así como si observamos detenidamente, veremos que enfermedades que reinaron en tiempos lejanos, parece que desaparecieron después y han reaparecido en nuestros días; no me sería difícil nombrar algunas de ellas. Esto me indujo á decidirme á publicar los apuntes de mi antepasado, por creerlos muy adecuados á las circunstancias corrientes, y como suele decirse, venidos *como pedrada en ojo de boticario*; me decidí, más que todo, á que viesen la luz pública, el ver que en la contienda se dirigían insultos y acerbas críticas á varios profesores civiles, á cuya paciente y pobre clase me honro pertenecer, lo cual me sulfuró y me hace exhibirme por primera vez ante mi respetable clase; pero esperé á que los contendientes terminaran en absoluto la pelea, que creí sería de más duración, y cuando me he convencido que ha concluido y mis ocupaciones me lo han permitido, á ratos perdidos he ordenado los ya citados apuntes; casi únicamente con el objeto de que mis comprofesores comprendan que hoy también existen individuos que están atacados de *anodia*.

Me figuro que causará sorpresa á muchos de mis compañeros el nombre con que está encabezado este artículo ó relato clínico, porque tal vez les suceda lo que á mí, que, antes de tropezar con tan vetustos papeles, ignoraba por completo el nombre de *anodia* y lo que sig-

nificaba; pero que, leyendo este caso práctico, estoy seguro que vendrán en conocimiento que, efectivamente, en el día existen veterinarios con tan fatal y grave enfermedad, si es que así puede llamarse.

Tal vez llamaría más la atención y tendría mayor importancia para mis comprofesores este relato histórico si se publicara en el papel veterinario viejo que goza de mayor reputación (solamente entre sus adictos y paniaguados) que el que lo publica; y la debía tener, si no por su importancia científica, por lo menos por su derecho de antigüedad y por ser en otro tiempo el genuino defensor de los asuntos é intereses de G... y hoy de sus forzosos herederos, y, además, por lo mucho que los veterinarios le deben al citado periódico y agarenos redactores por los beneficios que con supervaliosa influencia han alcanzado en todos tiempos del Gobierno de la nación; beneficios con los que han sacado de la miseria á los veterinarios antiguos en que, antes de publicarse, se encontraban, y el bienestar que á los actuales han proporcionado.

Razón es, por lo tanto, para que se le tenga alguna deferencia, y que es preciso el que se la tengais, veterinarios establecidos en los pueblos, si no quereis recibir de él calificaciones duras, anódicas y ofensivas, por lo que esdtais obligados á estar agradecidos á los que os han dado en lo pasado, á lo que os dan al presente y á lo que podeis esperar os den en lo futuro.

Me veo en la precisión, antes de entrar de lleno en la materia que va á constituir este artículo, haceros una advertencia, y es, que el veterinario que escribe esta historia clínica con objeto de daros á conocer la *anodia* (á los que no tengan noticia de ella), se ve obligado, por su mala suerte, á trabajar en todo lo que comprende el ejercicio civil

de la Veterinaria (y trabajar que tuviera) y en alguna otra cosa más, como trabajareis todos los que estais establecidos, para poder, á costa de muchos sudores y fatigas, proporcionar un mal pasar á su familia; y lo peor de todo es que está, como estareis muchos de los que este artículo leais, perdida la esperanza de mejorar de suerte. No está, como podeis suponer y comprender, tan al corriente en el lenguaje de Cervantes como lo debe estar y tienen la falsa presunción de estarlo los veterinarios cortesanos, literatos sublimes, ilustres, de gabinete, y, por añadidura, maestros docentes, que tanta obligación tienen de enseñarnos; porque su única y exclusiva ocupación está concretada á dos puntos capitales: hablar y escribir como saben, mientras que yo ni tengo tanta ilustración ni dispongo de tanto tiempo para aprender lo que esos literatos saben, así como ellos, en cambio, ignoran lo que yo sé, que por cierto es más exacto y positivo; razón por la cual, el que hoy os entretiene con este desaliñado escrito, se ve en la imprescindible necesidad de pedirós (sólo á vosotros que estais establecidos, porque á los otros nada pido ni deseo me concedan), con la más humilde sumisión, vuestra benevolencia, y que me dispenseis y paseis por alto, como si no las viéseis, las muchas y garrafales faltas que en estas líneas encontréis; favor que no dudo me concedereis, aun cuando no sea más que por nuestro parentesco profesional.

El que esto escribe, como dejo dicho, la manera de ganarse la subsistencia es el trabajo material de poner herraduras y el científico, puesto en acción en la práctica civil; no se le puede exigir mucho en lo demás, ni tampoco espereis gran cosa de él.

El literato, el sabio y profesor de gabinete, tienen el ineludible deber de ser muy correctos en sus trabajos literarios,

porque el no serlo, sería una culpa imperdonable en ellos en razón á que escribir y hablar es su oficio, y escribir para comer: fuera de ésto no le busqueis, que ya no sabe más.

El que va á daros á conocer la *anodia*, podrá cometer faltas de lenguaje, no ser correcto en este su primer escrito, todo lo que los críticos literatos de pacotilla quieran decir ó suponer; esta crítica, interesada para ellos, le tiene sin cuidado; pero lo que habla y hoy escribe lo hace con franqueza, con claridad, con valor, dispuesto á decir la verdad á cualquiera, y más al veterinario cortesano, literato y presuntuoso; porque no tiene aspiraciones de ninguna clase, no necesita que le dispensen ningún género de favor los cortesanos; no es su idea imbuir falsas esperanzas entre sus compañeros, ni trata de sostener falaces ilusiones (siempre irrealizables) en la clase: y no lo hace, porque en escribir no busca el *medius vivendi* para comer, como lo busca el literato.

Dispensarme los que leais esta historia clínica el que haya ocupado por un momento vuestra benévola atención con el anterior preámbulo; todo es poco cuando uno se ha de someter á la mordaz crítica de sabios literatos. Hecha esta salvedad, emprendo la tarea en que estoy comprometido, que es dar á conocer á los veterinarios españoles la *anodia*, que tal vez algunos desconozcan; pero que una vez que lean este artículo, comprenderán que la enfermedad es en ciertos individuos crónica y hereditaria, que siempre ha existido, y que es muy conveniente evitar el contacto con los atacados para preservarse del contagio.

En este artículo sólo se me debe su ordenación, estando copiado literalmente de los apuntes que la casualidad ha puesto en mis manos, por lo que he procurado no aumentar ni quitar nada de su contenido; modificarlo á mi capricho

hubiera sido tanto como querer enmendar al sabio y docto médico que los escribió, y está muy lejos de mi ánimo tener tan necia pretensión.

Dicen así:

«El 1.º de Diciembre de 1239, fui llamado para visitar un rifeño de la kábila de Malec-Schard, en el Belad-el-déjerid, ó país de los dátiles, que, según la premura con que se me llamaba, debía estar de suma gravedad. Aun cuando los marroquíes no son de mi mayor agrado y los detesto tanto como odio me manifiestan, el deber que la ciencia me impone, ante el cual todo debe borrarse, me indujo á que, abandonando todas mis más apremiantes obligaciones, corriese á la vivienda del pobre moruno, que yacía en el lecho del sufrimiento, con la santa idea de ver si le podía salvar; que nada tiene que ver la diferencia de creencias religiosas, para que no cumpliese con una de las tres virtudes teologales de la cristiana, la caridad con el prógimo.

Al efecto me personé en el acto en la casa del rabino, siendo conducido por un rifeño de la servidumbre, que lloraba lágrimas de sangre al pensar que su amo estaba enfermo, y que con la mayor aflicción merogaba, «¡por Alah, oh cristiano! salva á nuestro querido Muley,» en una habitación que, dicha la verdad, no estaba en relación con la alta gerarquía é inusitado orgullo del soberbio y poderoso moro á quien pertenecía en propiedad. Sin embargo, creí que en la estación en que nos encontrábamos y el violento y frío viento que soplabá de la parte N. O., había inducido al mandarín á colocar al enfermo en aquel chirivital. Afectaba éste la forma de un cuadrilongo que mediría unos 30 pies de ancho por unos 50 de largo, con una especie de claraboya ovalada á la parte de Oriente, que ostentaba un marco de madera carcomido y deteriorado, en que había unos cuantos vidrios medio rotos

y de diferentes colores, en particular abundaban los verdes, amarillos y rojos: la abertura de entrada era estrecha y baja, siendo la puerta que la cerraba de madera de pino tallada, demostrando una antigüedad que no me fué fácil adivinar al primer golpe de vista, aun cuando su moldura manifestaba que el artista que la había trabajado no sería de los más adelantados en su tiempo; sin embargo, se había ocupado en su obra de talla en representar sobre los tableros animales asquerosos y repugnantes, sin duda para dar un aspecto más siniestro y maléfico á aquella vivienda.

Era, por lo tanto, una habitación pésima para el hombre, y mucho más para un enfermo, en razón á que la luz no penetraba en su recinto, el aire no era posible se renovase convenientemente y era además en extremo húmeda; no reunía ninguna condición higiénica. Esto no dejó de llamarme la atención, atendiendo á la clase y posición social á que el enfermo pertenecía en aquella kábila, y más porque le creímos á él y su mandarín muy entendidos en saber las condiciones de salubridad é higiénicas que las habitaciones deben tener, para que el hombre pueda vivir impunemente en ellas, sin peligro de que puedan convertirse en causas que alteren su salud; pero por otra parte dije, cuando el enfermo ha sido colocado aquí por su protector y él se resigna á permanecer en esta cloaca sin hacer reclamación alguna para que le saquen de este sitio que le es tan perjudicial, siendo como son ambos sabios y á más higienistas, razones poderosas tendrán para obrar así.

Me era indispensable conocer cuanto rodeaba al enfermo, y de una rápida ojeada me hice cargo de cuanto contenía aquella zahurda, que tan poco agradable era á la vista.

Por el pavimento, que era de menudo guijarro, se veían numerosas ranas, que

con su habitual modo de progresión, á saltos, se aproximaban al lecho donde yacía el paciente, entonando un canto fúnebre con su voz ronca y estridente de raq... raq: una larga y filiforme lombriz, llena aún de cieno, seguía el mismo camino que los ránidos, pero iba compungida y llorosa, sin duda pensando en que si faltaba el enfermo ya no le sería fácil figurar en ningún certamen público y perdería los honorarios que por tal concepto cobraba, y por último, en un oscuro rincón de aquella insalubre estancia, ví un pequeño y diminuto roedor, así como alveolar, que se entretenía en roer un hueso de datil, que es lo único que había podido hasta entonces alcanzar de sus amos, en recompensa de ser su humilde y siempre supeditado servidor; y procedía así, según me dijeron, con tal que se acordasen de él y le hicieran el favor de darle el puesto de matarife en la kábila del Mahdi, con lo que formaría en la comunión de agradecidos (por el favor) y sería incluido en nómina; todo lo cual ambicionaba desde hacía mucho tiempo, y para lo cual había hecho el gran sacrificio de abandonar su villa natal, donde, según contaba, ganaba sobre doce mil reales (no sabemos en cuantos años): por último, al lado del techo y sentado en un ancho sillón, estaba un moro enano, de mal aspecto, que por los perfiles de su cara cualquier mediano fisonomista podía adivinar que aquel individuo era una edición de Samuel; su semblante revelaba una avaricia desmesurada, un despotismo inquisitorial, un orgullo soberbio y dominante; y que según observé, por la influencia que ejercía sobre los demás moros de la kábila, no me fué difícil deducir que aquel rifeño no era otro más que el mandarín dispensador de empleos y favores; de aquí la reverente sumisión que todos le guardaban. Este rifeño, de procedencia exótica en aquella kábila y que tanta

soberbia revelaba en su airado semblante, manifestaba, sin embargo, en sus maneras la debilidad de una mujerzuela; éste dirigía palabras de concuelo al enfermo y lo trataba con cierto refinado y engañoso cariño, no porque tuviese gran interés en que se salvase el paciente, sino porque, según supe después, era su intérprete y defensor, como si dijésemos, *un perdona vidas*, y, por lo tanto, un sumiso y obediente moro.

Las condiciones de aquella vivienda no podían ser más detestables y extrañas, prestándose para que cualquiera hubiera formado mil conjeturas estrambóticas. ¿Por qué se tenía al enfermo en aquella cloaca con tan pésimas condiciones higiénicas? ¿Por qué se permitía la estancia en aquel lúgubre local á aquellos ránidos? ¿Qué simbolizaba ó qué papel representaba aquella filiforme lombriz? ¿Por qué veíamos aquel diminuto roedor, tan tímidos por sí, vivir entre aquellos rifeños con una tranquilidad tan completa, y satisfecho con entretenerse en roer un hueso de datil? No me fué posible en aquel momento formar un juicio exacto de tanta extravagancia, y menos del por qué habitaban aquella vivienda todos aquellos inmundos animales, siendo así que pertenecían á un moro de los de primer orden en la kábila. Me reservé para más adelante averiguar, si me era posible, aquellos misterios que no comprendía.

Mahomed el Mahdi (hoy Muley el Hacha), que se semejava en gran manera á Tamba-Ndamba, era el moro que, como dejo dicho, estaba á la sazón á la cabecera de la cama del enfermo fumando en su gran pipa; éste no era otro más que el mandarín de la kábila, el cual, como encargado del enfermo, nos hizo la siguiente relación anaméctica:

«Hará como unos cuatro meses que el enfermo éste que veis, que es el grande y sabio Muley el Zenit, tan temible

por sus bárbaras fechorías, y en el que tenemos depositada toda nuestra confianza, que se la hemos dispensado atendiendo á su altivez, desvergüenza y sumisa adhesión á nuestra poderosa persona, porque se presta sin réplica y con ciega obediencia á todos mis extravagantes caprichos, y por cuya docilidad sin límites le he elevado á la alta categoría que entre los rifeños de esta kábila disfruta; por mi arbitraria voluntad le mandé que invadiese el territorio de unos pacíficos cristianos á los que desde hace mucho tiempo abrigo contra ellos un rencor inextinguible, y que los insultase cuanto le fuera posible, mandato que fué acogido con júbilo y palmas por todos los rifeños que me rinden ciega sumisión.

»En el acto cumplió Muley mi orden con su habitual audacia y tonta presunción, ¡pero ay doctor! los cristianos que conservaban su altivez castellana y son libres como el aire que respiramos, le prodigaron tan solemnes palizas, que bien puede decirse que á mi pobre Muley le sucedió aquello *de ir por lana y salir trasquilado*.

»Pero no fué esto lo peor, sino que los indomables cristianos aún tuvieron valor para anunciar á algunos amigos que aún les quedaban fuerzas para darle á Muley y á todos nosotros varias pasadas de vapuleo; sobre todo que tenían datos recogidos para poner de manifiesto y dar á conocer á moros y cristianos el mucho terreno que de los agenos nos habíamos apropiado y que hacíamos pasar entre los creyentes é ignorantes como propiedad nuestra: esto, doctor, era sumamente grave, porque daría al traste con toda nuestra supuesta sabiduría y perderíamos la importancia que, como sabios, gozamos en esta kábila: así es que tratamos de evitar tan grave percance; y ¿sabeis, doctor, lo que hicimos? Callarnos.

»Este acontecimiento, que, dicha la verdad, doctor, estábamos muy lejos de esperar ninguno de los rifeños de ésta, hasta entonces, feliz kábila, en razón á que creíamos que nuestros insultos los sufrirían los cristianos con la misma resignación que aguantan nuestros caprichos estos pobres y hambrientos moros de nuestros dominios, que siempre están esperando que les tiremos alguna migaja con que llenar su vacío estómago, nos desconcertó y comprendimos que habíamos estado desacertados y torpes en nuestro ataque.

»Tan inesperado incidente le causó al pobre Muley, y á todos nosotros también, tan honda impresión, hirió de tal modo su altivo orgullo y abatió tanto su despótica soberbia, que desde entonces lo vimos de día en día más abatido, pensativo, aplanado y sufriendo de vez en cuando accesos monomaniacos, en ciertos momentos con signos nada inequívocos de enagenación mental, viendo que, lo que en un principio creímos que no era más que una indisposición pasajera, iba cada vez en aumento, hasta que ha llegado á tomar proporciones tan alarmantes y, en nuestro juicio, tan graves, que nos inspira serios temores el estado que actualmente se encuentra el pobre Muley. Todo por culpa de esos irreconciliables cristianos.

»Como la pérdida de este rifeño sería muy fatal para mí, porque sin él no me sería posible llevar á cabo mis diabólicos designios, en razón á que me faltaría un instrumento tan útil, siempre dispuesto á cortar por donde le indique, sin reparar en las consecuencias y sin abrigar el más remoto temor á cometer la mayor de las barbaridades, esto me induce á recurrir á cuantos medios crea convenientes para conseguir su curación. Al efecto, he llamado á todos los sabios sarracenos y con su supuesta ciencia nada se ha conseguido; he dirigido fervientes

oraciones y plegarias á Mahoma, nuestro venerado Profeta, y sin duda está airado con nosotros por nuestros actos infames, y no se ha dignado escucharnos; he recurrido á los adivinos y he empleado sortilegios y amuletos, y todo ha sido infructuoso: el pobre Muley no ha encontrado mejoría alguna con nada de esto. Al ver que todo era inútil y que el enfermo cada día estaba peor, ya no sabía qué camino tomar, cuando la casualidad ha hecho llegar á mi noticia tu gran fama ¡oh cristiano! en el arte de curar; y á pesar de mi aversión á tu raza y tu religión, me veo precisado á recurrir á tu ciencia, para que, haciendo cuanto sepas y tu buen Dios te inspire, devuelvas la salud á este rifeño que tanta falta me hace; con lo cual me devolverás á mí la calma y tranquilidad de conciencia, que hace tiempo perdí, y que sólo el restablecimiento de la salud de Muley me la puede devolver.»

Extraña, al mismo tiempo que interesante, me pareció la relación del mandarín el Mahdi; grande su empeño por salvar al Zenit; de interés para mí, como médico, conocer la rara dolencia que padecía aquel infeliz marroquí.

No había escapado á mi penetrante mirada que el Mahdi era presa de un gran pesar, y que su conciencia le avisaba, tal vez por primera vez, que se acercaba la hora de la espiciación.

Enterado de todo cuanto por el momento me podía interesar y servir para formar un juicio exacto de la enfermedad y causas que la podían haber motivado, dije al Mahdi: Creollegado el momento de que vea y examine al enfermo, y nos acercamos á él.

Muley ocupa una cama compuesta de dos bancos de madera, tres tablas, un jergón y un colchón de borra, sirviéndole para taparse dos mantas de jerga (cama de campaña). Se halla impaciente, agitado, sufriendo convulsiones ner-

viosas que producen el continuo movimiento de sus extremidades; demacrado por el padecimiento, da voces que le persiguen, que le dirigen injurias, le dan consejos, que le obligan á cometer acciones deshonorosas é infames; de vez en cuando sufre accesos de cólera, furor y agitación, y cuando esto sucede, que era cuando dirigía su torva mirada hacia el Mahdi, entonces grita, profiere palabras injuriosas, expresando su fisonomía la pasión que le agita. La piel está seca y ardorosa, el pulso acelerado, duro é irregular (130 pulsaciones por minuto); los ojos centelleantes, animados y giratorios, con extravismo visual, lo que demuestra que su soberbio orgullo ha sufrido una grande humillación; su boca entreabierta y lengua saburrosa amarillenta, dan á conocer, aun al menos esperto, que aquel individuo lo envenena la sed de venganza: pero lo que más me llama la atención es el aspecto de su semblante, desencajado y airado, fruncidos los labios, que de un modo continuo mueve convulsivamente, enseñando los dientes y pronunciando palabras ininteligibles é incoherentes; su cabello erizado, así como los pelos de su bigote, demuestran bien á las claras, y de un modo inequívoco, el estado de excitación de su sistema nervioso. Se ve en él paroxismos de *panofobia*, en los cuales cae en un estado de aplanamiento espantoso, y durante los cuales se cubre la cabeza con las mantas; á esto sigue otra excitación nerviosa violenta, durante la cual articula algunas palabras que no puedo comprender bien; pero por el aspecto feroz que toma su cara y la animación que se nota en su mirada, comprendo que son palabras de reconvencción y de venganza, que tal vez dirige á alguno de los presentes, que no puede ser á otro más que al Mahdi.

Diagnóstico.—A compasión me movió el lamentable estado en que se en-

contraba el infeliz Muley; mas como comprendía que su grave enfermedad era debida á la avaricia y orgullo del malvado Mahdi, que lo había dirigido, guiado por su despotismo, por un sendero resbaladizo y tortuoso para conseguir sus infames designios, pero recto y seguro para mandar al enfermo al cementerio. Pero analizando detenidamente los graves síntomas que Muley presentaba en esta mi primer visita, hecho un diagnóstico diferencial, racional y científico, y teniendo en cuenta las causas que habían obrado sobre el enfermo, las cuales habían perturbado sus facultades intelectuales y afectado en gran manera su parte moral, pude asegurar al Mahdi que Muley el Zenit padecía una afección del sistema nervioso, en particular del centro encefálico, conocida con el nombre de *anodia*, la cual reconocía por única y principal causa los disgustos recibidos, que habían herido el altanero orgullo de Muley, y la impotencia de poderse vengar tal como su índole perversa le dictaba.

Este diagnóstico dejó estupefacto y confuso al Mahdi; mas creyendo que la curación de Muley era poco menos que imposible, por lo que permaneció callado y, según pude comprender por su aspecto hipócrita en aquel acto y movimiento de sus labios, se ocupaba en aquel momento en dirigir una fervorosa oración á Mahoma, para que se compadeciese del desgraciado el Zenit y, por medio de un milagro, devolviese la salud á su protegido.

Pronóstico.—No podía menos de darme grave, aun cuando en parte reservado, hasta ver si cedía la excitación nerviosa y el encéfalo adquiría su estado fisiológico, que si esto se conseguía, todas las funciones volverían á su ritmo normal, en cuyo caso el enfermo estaba salvado; pero si no se podía conseguir esta feliz terminación de la enfermedad

y se repetían las accesiones, Muley no moriría, pero irremediamente habría que encerrarlo en una casa de Orates, hoy manicomio, donde indudablemente llevara una existencia desesperada y deplorable, hasta tanto que un violento paroxismo ó una regresión lo lleve á las calderas de Pedro Botero á pagar los pecados que por culpa tuya, Mahdi, ha cometido en esta vida. Luego dicen que no pagan justos por pecadores.

Al oír el Mahdi este pronóstico, dado con tanta seguridad, fundado en las causas que habían motivado la dolencia, síntomas graves que ésta presentaba, y atendiendo al carácter, orgullo y vanidad del paciente, el mandarín comprendió sin dificultad alguna el eminente peligro en que se encontraba su protegido Muley; se horrorizó y cubrió con ambas manos su siniestro rostro, dando rugidos de desesperación, como los de la pantera que le han robado sus cachorros; y con voz ronca y extormentorosa, y paseándose de un extremo á otro de aquella tenebrosa caverna, el Mahdi me dijo:

—Doctor, salvarlo, por Alah, cueste lo que cueste. Ir á parar mi protegido Muley á un manicomio, que sería tanto como perderlo para siempre, indudablemente sería la mayor desgracia que el Profeta podía echar sobre mí y el mayor castigo que puede imponerme por las muchas e infames acciones que he cometido en mi oficio de mandarín, y de las que he hecho cómplice, en más de una vez, á ese pobre del Zenit, que tanto sufre por pagarme los favores que le he dispensado. ¡Ay de mí! Si me falta este bueno y dócil servidor, ¿á dónde podré encontrar otro tan desvergonzado, audaz, obediente y tonto como Muley, que tan ciegamente, y como un sabueso, se presta á mis mandatos? ¡Imposible el encontrarlo! Si tal desgracia acaeciese, no tenía más remedio que colgarme de la palmera más alta del

Belad-el-dejerid, porque las kábilas enemigas caerían sobre mí, y no me dejarían un momento de reposo hasta que no me destruyeran; me declararían la guerra sin cuartel, como yo se las hago ahora; me faltaría la obediencia de todos esos moros que, como miserables parias, se arrastran á mis plantas, esperando que les arroje un mendrugo, por duro que sea; y lo peor de todo es que esos cristianos, á los que hemos insultado tan injustamente, seguirían haciendo públicas mis faltas y fechorías, no teniendo ya un perro *bull-dog*, como Muley, que me defendiera; pero no sólo caerían sobre mí todas estas desgracias: perdería la estimación y confianza que me dispensa el Gran Califa, y ya no podría hacer mis sucios negocios con la impunidad que hoy los hago; y con los cuales tengo mis despensas bien repletas de jamones, chorizos, barriles de excelentes vinos, dátiles, etc., etc., y en mi gaveta sendas peluconas de Carlos III, todo lo cual me sirve para hacer algún regalito al Gran Califa, con lo que permanece callado y gozo de su ilimitado favor. Salvar á Muley, doctor, que ya podéis comprender, por mi franca confesión, la falta que me hace y el desfalco que mis pingües ganancias de hoy sufrirían si el Zenit me llegase á faltar.

Después de un silencio de diez minutos en que el Mahdi quedó pensativo, en un estado de hipnotismo y como coordinando algún plan, continuó: Doctor, tengo que haceros una prevención de alta importancia para mí, y la cual no me atrevo á pedir al profeta Mahoma que tan airado se muestra con su servidor.

En vista del grave estado en que se encuentra mi protegido Muley, según se deduce de vuestra opinión, comprendo que no hay más que dos soluciones para el pobre Muley, siempre que con vuestra ciencia no lo podáis salvar; pri-

mera, la muerte; segunda, el ser encerrado por un tiempo indeterminado, que probablemente será largo, en un Manicomio: entre estos dos extremos, prefiero el primero al segundo; porque si este rifeño va á parar á una casa de Orates, es muy fácil que en un acceso de locura tenga la debilidad de confesar todas mis culpas, y esto me perdería completamente; así es que si perdeis toda esperanza de salvarlo, os ruego, doctor, que le mateis. Me conviene esto, porque vengo observando actos de rebeldía en este rifeño desde que los cristianos lo vapulearon, y á más presagiaron, que se volvería cara á cara contra su protector para disputarle el mando de esta kábila, lo cual veo que se va cumpliendo.

Si bien en el principio de su relato me había inspirado compasión el avaro Mahdi al ver su estado de desesperación, cualquiera que no lo conociese tanto como yo hubiera dicho que la compasión y el amor, la amistad y el compañerismo habían hecho vibrar las fibras sensibles de aquel corazón de marmol tan habituado al mal, y que por fin había llegado la hora suprema del arrepentimiento: pero la conclusión me indignó, y me hizo comprender que el mandarín siempre era el mismo, que en cualquier circunstancia anteponía su conveniencia propia á la de los demás, y que su cerebro no producía ninguna idea grande y generosa; era un rabino de pura sangre, cuya ambición no tenía límites.

—Sin embargo, le dije, me horroriza tu modo de pensar, y lo que has tenido la desvergüenza de proponerme; no esperes que yo sea tan malvado como tú y menos que me preste á cometer un acto criminal asesinando al pobre Muley; sin duda mides la honra de los demás por la deshonra tuya, y por mi Dios que eres un infame, que estás muy equivocado. ¿No sabes que el quinto es no matar? ¿A qué viene la proposición que me haces?

¿Es que has aprendido aquello de *que piensa el ladrón que todos son de su condición*? Errado fuiste, Mahdi, en esta ocasión. La ciencia y mi honor de médico me imponen el ineludible deber de hacer cuanto me sea posible para salvar al enfermo, porque aun cuando tú y todos los moros de esta kábila sabeis que el Zenit no es acreedor á consideración de ninguna clase ni á que se le tenga compasión de ningún género, que sólo merece el desprecio de los cristianos, yo tengo un corazón noble y generoso, que me hace olvidar los agravios y perdonar las ofensas; y además, mi religión, que es más pura, moral y consoladora que la vuestra, me ha enseñado á tener amor al prójimo y hacer bien al que me ha ofendido ó hecho mal: no esperes, por lo tanto, ¡oh tirano Mahdi! que cumpla tus bárbaros designios; ó salvaré á Muley ó irá al Manicomio; cometer una infamia de tanta gravedad como la que has forjado en tu calenturiento cerebro, nunca la verás. Aterrado y confuso quedó el mandarin al ver mi terminante resolución; sin embargo, me abrazó con lágrimas en los ojos; esta fué la única contestación del Mahdi; tal era la confusión que mis palabras le habían producido, que le trabaron la lengua y no pudo hablar; sólo le quedó acción para hacer ridículas genuflexiones y quedar con la boca abierta al ver mi entereza y que no me doblegaba ante nadie.

Ahora bien, Mahdi, ha llegado el momento en el que yo tenga necesidad de preguntarte, y desearía que me contestases con ingenuidad, sin rodeos ni disfigurar la verdad de los hechos; dime: ¿Por qué tienes al infeliz Muley en esta hedionda y mala habitación, con tan pésimas condiciones higiénicas para el enfermo? ¿Qué interés ó qué representan en esta habitación esos habitantes de los pantanos, los ránidos? ¿Qué misterio en-

cierra en sí ese ser que sólo vive en los terrenos húmedos, esa lombriz? ¿Qué ideas os induce á permitir en esta estancia ese diminuto y alveolar roedor, ese microscópico ratón? Porque en verdad, todo esto ha llamado mi atención; ha excitado mi curiosidad y desearía saber qué representan entre vosotros, ¡oh moros de la ciencia! todos esos animales; porque supongo que algún interés, algún misterio os induce á tenerlos en esta fatídica vivienda, más cuando veo que los tratáis con deferente cariño y os son muy familiares, porque de no interesaros el tenerlos á vuestro lado, ya hubiérais procurado alejarlos de este lugar. Por último; ¿por qué abrigáis tanto encono contra esos cristianos que nada os han hecho y que aborreceis de muerte? Todos son misterios para mí, que no comprendo y que tengo vivo interés el conocer en su justo valor.

—Ya que tanto te debo, generoso y caritativo cristiano, me creo en el ineludible deber de satisfacer tu curiosidad y deseo de saber, aun cuando para satisfacerla tenga que revelaros un secreto, sobre el cual tengo prometido y hecho solemne juramento ante el zancarrón de nuestro venerado profeta Mahoma y en presencia de nuestro respetable y poderoso Califa, guardar el mayor silencio y no hablar del asunto á moros ni cristianos; porque si tanto unos como otros se enterasen del misterio, que no es otra cosa que nuestra coalición (así á modo de lo que vosotros los cristianos llamais sociedades secretas), cuyo único y santo fin está reducido á explotar y tener bajo nuestro arbitrario dominio todos los moros ignorantes de esta kábila, de seguro que perderíamos la influencia y poderío que hoy ejercemos sobre estos rifeños, y nuestro productivo negocio concluiría y tendríamos que declararnos en afrentosa quiebra. Por lo tanto, voy á relatarte cuanto sé, confiando en tu

prudencia, tu reserva, tu honradez y buen juicio, de que no revelarás á nadie lo que voy á decirte, sin ocultar nada por infamante y deshonoroso que sea.

—Puedes estar tranquilo, Mahdi, que lo que me digas nadie lo sabrá.

—Puedes considerar, doctor, que en esta casa que me pertenece y que he podido adquirir con el producto de mi negocio, tengo habitaciones decentes y con excelentes condiciones higiénicas, así como también con toda clase de comodidades; pero las necesito para mi familia y para recibir al gran Califa cuando viene á visitarme y tenemos necesidad de tratar de nuestros maquiavélicos negocios y de los medios que debemos emplear para tener á la kábila sumisa y á raya á nuestros enemigos los cristianos, que tienen el atrevimiento de hacer públicos nuestros desmanes; y aun cuando no dicen más que la verdad, nos cuesta el trabajo de desfigurarla cuanto nos es posible, para que no nos conozcan. No podía posesionar en ninguna habitación decente á este rufián de Muley, que, como sumiso servidor mío, con lo que le diese tenía que estar muy satisfecho y contento; además, que para lo que es él creo que bastante hago con albergarlo en mi casa. Si yo lo hubiese instalado en una habitación decente, ¿no comprendes, doctor, que me la hubieran puesto hecha una porquera todos esos sucios animales que han venido á visitar á Muley? Sabes, porque ya anteriormente te lo he dicho, que prefiero la muerte del Zenit á que sea encerrado en un manicomio, por lo que pensando en que las malas condiciones de insalubridad de esta habitación eran las más á propósito para deshacerme de este moro, lo he colocado en ella, porque si bien hoy está obediente y sumiso á mis órdenes, me temo, atendiendo á su carácter imperativo, dominante y despótico, que un día, tal vez no muy lejano, me se ha de revelar y me ha de derribar

del puesto que hoy ocupo, quedando él como amo y yo bajo sus arbitrarias órdenes: este presentimiento que hace tiempo tengo, me trae desinquieto, mal humorado, caviloso, y me hace vivir en una continua zozobra. He aquí el motivo que he tenido en alojar al Zenit en esta zahurda y de la que desearía sacarlo en una mortaja.

Esos ruidos, que en tan numerosa legión veis saltar y graznar dentro de este recinto, que todos se dirigen á la cama de Muley, son los parientes de las ranas sacrificadas por mi humilde servidor el Zenit, en holocausto de la gran ciencia que profesa, y en la cual ha ascendido al alto destino que hoy desempeña por mi benevolencia y bajo su palabra de ser el instrumento de mis venganzas, de mis caprichos, y el que cubriendo mi debilidad con su supuesto nombre de Muley el Zenit, sufra más directamente las consecuencias de las furiosas tormentas que moros y cristianos, de vez en cuando, dejan caer sobre mi obediente y pobre paria, como no hace mucho tiempo lo han hecho, y como sabes, doctor, ha motivado el estado lamentable en que hoy se encuentra Muley: no creas que yo he quedado ileso, porque por mi desgracia todos me conocen bien y están tan enterados de mis fechorías y de lo que soy capaz por mi avaricia el hacer, que también me ha alcanzado más de una chispa eléctrica, porque tienen el convencimiento que soy el genio del mal para la ciencia y los que tienen la desgracia de ejercerla durante el imperio de mi mando arbitrario y despótico, y de que el Zenit sólo se mueve por mi omnímoda voluntad (y en todo esto piensan la verdad y me califican tal como soy).

(Se continuará.)

INSPECCIÓN DE CARNES DEL MATADERO DE SAN SEBASTIÁN (GUIPÚZCOA)

ESTADO demostrativo del número de reses reconocidas por esta Inspección para el abasto público de esta ciudad desde el 1.º de Enero de 1889 hasta fin de Diciembre del mismo año.

RESES ADMITIDAS				RESES DESECHADAS EN VIDA				DESPOJOS DESECHADOS										
Bueyes y vacas.	Becerras y vacas.	Termeros y terneras.	Ovejas.	Reses de cerda.	Total de reses admitidas.	Bueyes y vacas.	Becerras y vacas.	Termeros y terneras.	Ovejas.	Reses de cerda.	Total de reses desechadas.	Hígados.	Pulmones.	Bazos.	Ubres.	Riñones.	Vientres.	Total de despojos desechados.
3.480	4.560	227	914	2.586	12.127	340	10	4	14	6	374	248	147	39	36	7	3	480

NOTA.—Se han practicado 2.586 reconocimientos microscópicos de carnes.

Además de las 12.127 reses sacrificadas en el Matadero para el consumo público, se han introducido en esta ciudad 80.768 kilogramos de carne de reses sacrificadas en los mataderos de los pueblos, acreditando su procedencia con 1.522 certificados de los veterinarios respectivos que reconocieron las reses, las que, después de reconocidas en esta ciudad, han sido destinadas al consumo.

Además de las 374 reses desechadas en vida, han sido inutilizadas, después de muertas, 20 vacas, por estar afectadas de «tuberculosis» y el tejido muscular de 6 cerdos afectados de «cisticercus». Siendo quemadas dichas reses en presencia de un agente de la Autoridad.

San Sebastián 30 de Diciembre de 1889.

José Rodríguez.